

Centro Bíblico Pastoral para América Latina del CELAM
Pequeño estudio bíblico de base para la Lectio Divina
Vigesimalprimero del tiempo ordinario – Agosto 22 de 2004

EL CAMINO DE LA SALVACIÓN

La mesa abierta para todos

Lucas 13, 22-30

*“Se tú mi santidad, porque yo conozco mi debilidad”
(Isabel de la Trinidad)*



***“Luchad por entrar por la puerta estrecha,
porque, os digo, muchos pretenderán entrar y no podrán”***

Comencemos orando....

*Señor, que esta lectio de hoy
estremezca nuestras vidas,
nos saque del comodismo
y de las falsas seguridades,
y ponga nuestros pasos
en el camino de la salvación.
Amén.*

Introducción

En cuanto transcurre la subida de Jesús a Jerusalén, Jesús forma a sus discípulos y responde la pregunta planteada por un desconocido. Esta era una de las preguntas más debatidas en la época: ¿Cuántos serán salvados? ¿Muchos o pocos?

En este pasaje escucharemos una de las lecciones más bellas de Jesús sobre la mesa abierta del Padre para todos, mesa en la que el Dios del Reino acoge a todos los hombres y mujeres del mundo. Es verdad que es gratuito pero se requiere un compromiso claro, el de las exigencias que plantea el discipulado, para poder acceder.

Leamos despacio el texto de **Lucas 13,22-30**:

²²*Atravesaba ciudades y pueblos enseñando, mientras caminaba hacia Jerusalén.*

²³*Uno le dijo:*

«Señor, ¿son pocos los que se salvan?»

El les dijo:

²⁴*«Luchad por entrar por la puerta estrecha, porque, os digo, muchos pretenderán entrar y no podrán.*

²⁵*Cuando el dueño de la casa se levante y cierre la puerta, os pondréis los que estéis fuera a llamar a la puerta, diciendo:*

"¡Señor, ábrenos!"

Y os responderá:

"No sé de dónde sois."

²⁶*Entonces empezareis a decir:*

"Hemos comido y bebido contigo, y has enseñado en nuestras plazas";

²⁷*y os volverá a decir:*

"No sé de dónde sois. ¡Retiraos de mí, todos los agentes de injusticia!"

²⁸*Allí será el llanto y el rechinar de dientes, cuando veáis a Abraham, Isaac y Jacob y a todos los profetas en el Reino de Dios, mientras a vosotros os echan fuera.*

²⁹*Y vendrán de oriente y occidente, del norte y del sur, y se pondrán a la mesa en el Reino de Dios.*

³⁰*Y hay últimos que serán primeros, y hay primeros que serán últimos.»*

Ahora retomemos cuidadosamente el texto...

“Atravesaba ciudades y pueblos enseñando, mientras caminaba hacia Jerusalén” (Lucas 13,22). Con esta primera frase del evangelio de este domingo contemplamos la geografía que recorre un Jesús incansablemente misionero.

Con la fuerza del Espíritu (ver 4,18), Jesús va sembrando la semilla de la Palabra en cada conglomerado humano para hacer de él un jardín en el que germina la vida en abundancia (ver 8,15). Al mismo tiempo, con libertad profética se va aproximando a la ciudad en la que lo aguarda su destino y ni siquiera las amenazas contra su vida por parte del rey Herodes lo apartan de su camino (ver 13,31-33).

En este camino Jesús responde con firmeza las preguntas y requerimientos que se le plantean: la de los hijos de Zebedeo (9,54), las de los tres candidatos al discipulado (9,57.59.61), la del legista (10,26.29), la de Marta (10,40), la de uno de los discípulos (11,1), la de una mujer anónima en medio de la multitud (11,27), la de otro legista en un banquete (11,45), la del un hermano menor que reclama la herencia (12,13), la de Pedro (12,41), la del jefe de la sinagoga (13,14). Si observamos bien, en todos los casos Jesús nunca deja de responder y siempre dice verdades incómodas, ateniéndose a la coherencia de su mensaje. Él no quiere engañar a nadie con falsas ilusiones.

1. Una nueva pregunta para Jesús

En este camino se le plantea una nueva pregunta que lleva en el fondo una ironía: “**Señor, ¿son pocos los que se salvan?**” (13,23).

1.1. Qué trasfondo e implicaciones tiene la pregunta

La pregunta tiene dos presupuestos: (1) Jesús ha sido presentado en este evangelio como el “**Salvador**” (2,11) y (2) Jesús ha planteado exigencias fuertes que pueden llevar a pensar que la salvación es muy complicada.

Todavía hay una tercera idea en el fondo: ¿será que tendrá éxito la misión de Jesús? ¿cuántos llegarán hasta la meta siguiendo sus pasos? ¿cuántos se quedarán en el camino?

Esta pregunta no aparece porque sí. Quien la hace parece tener en mente también el texto de Isaías 37,32: “**Pues saldrá un Resto de Jerusalén, y supervivientes** (*‘salvados’*, según LXX) **del monte Sión**”.

Este esquema bíblico de un “**Resto**” de salvados de en medio de todo un pueblo pecador – el “el Resto de Israel- no solamente estaba presente en la historia de Israel y en la predicación de los profetas, sino también en la cultura religiosa de los tiempos del Nuevo Testamento y aún un poco después. El tema se volvió punto de discusión. Por ejemplo, mientras unos decían que “solamente pocos serán salvados” (4 Esdras 8,3), por otro lado un grupo de escribas afirmaba que “Israel entero tendrá parte en el mundo futuro” (Mishná, Sanedrín 10,1) y solamente algunos pecadores particularmente culpables serán excluidos.

También hoy escuchamos voces que le hacen eco a las dos tendencias. ¿Pero será que ésta es una pregunta válida? En el evangelio, Jesús no la desprecia. Cada persona tiene que preguntarse por la salvación, el punto es cómo enfoca la cuestión.

Por tanto, que hoy coloquemos en primer plano el tema de la salvación, viene al caso. Es esto lo que en última instancia buscamos, todo debe apuntar allá; por eso hay que estar atentos, porque aún la multiplicidad de actividades pastorales –todas ellas ciertamente importantes- puede llevarnos al peligro de perder de vista la búsqueda esencial, bajo riesgo de perder al final todos los esfuerzos. Todo debe estar encaminado hacia la salvación.

Volviendo al texto digamos que si, como se verá enseguida, la pregunta no está bien planteada, quien lo hizo al menos tuvo la valentía de expresarla y, como decimos hoy, “dio donde era”.

1.2. Cómo enfoca Jesús la respuesta

Jesús no responde directamente la pregunta (ya vamos viendo que esto también es frecuente en Jesús), sino que aprovecha la idea central y se pronuncia desde otro nivel de comprensión más profundo.

Jesús no responde con aritmética, no da cifras y ni siquiera avanza aproximaciones sobre el número de los salvados; si bien, dice una frase según la cual muchos “no” podrán (13,24b). Lo dice no como una sentencia perentoria sino como un llamado de atención para que no suceda.

Vemos así cómo Jesús toma distancia del mundo de las especulaciones y más bien se concentra en lo que es necesario hacer para salvarse. Al responder de esta manera deja implícito que todo el que quiera podrá ser salvado, siempre y cuando oriente su vida en esa dirección.

En esto ya hay una lección importante: la preocupación por la salvación debe concretarse en un obrar según la justicia (ver 11,42; 13, 27), o sea, configurar la propia vida en la de Jesús.

Para explicar esto, acude a dos imágenes muy dicientes que iluminan lo que es la entrada en Reino de Dios: la puerta estrecha y la puerta cerrada. La primera aparece como una sencilla comparación lograda en una sola frase (13,24), la segunda constituye toda una parábola (13,25-30).

2. La “Puerta estrecha” o “el mientras tanto” (13,24)

“Luchad por entrar por la puerta estrecha, porque, os digo, muchos pretenderán entrar y no podrán” (13,24).

La imagen que aparece es la de una casa de considerables proporciones en la cual, después de la puerta principal, sigue una gran sala de banquetes.

“Puerta estrecha”. Es una figura. No es que la puerta tenga solamente pocos centímetros de ancho. No es que en la puerta del Reino haya obstáculos. No es que haya que dar

codazos para entrar a la fuerza en medio de otros que quieren hacerlo al mismo tiempo. Simplemente quiere decir que hay que esforzarse, es decir, que los buenos propósitos no son suficientes, hay que “hacer” cosas concretas para entrar.

Ahora bien, con esto tampoco se quiere decir que una persona se salva solamente con sus propios esfuerzos. Es claro que no: nadie se salva a sí mismo, en última instancia todos somos salvados por Dios. El hecho es que ésta no se logra sin nuestra participación, la pasividad no sirve. Si es verdad que Dios nos salva, también es verdad que nos toma en serio como personas libres y responsables.

El término “**luchar**” que aquí aparece es la traducción de un término griego que –en su forma sustantivada- no nos es desconocido en la lengua castellana: “agonía”; con él se describe también la oración de Jesús en 22,44. Pero esta palabra no se refiere solamente a los que están en transe de muerte sino al esfuerzo intenso que concentra todas las energías de una persona en función de un objetivo, por eso era aplicado a los deportistas en las competencias.

De esta manera se “**entra**”. Con esa misma intensidad un discípulo de Jesús debe canalizar sus mejores energías para vivir en santidad, no deseando otra cosa que alcanzar la comunión con Él superando los obstáculos y distinguiendo lo prioritario de lo secundario. Este esfuerzo espiritual y moral será recalcado más adelante en este evangelio, en 16,16b: “***Y todos se esfuerzan con violencia por entrar en él***”.

En la segunda parte de la respuesta –“***Muchos pretenderán entrar y no podrán***” (13,24b)- vemos que de todas maneras Jesús se pronuncia en los mismos términos de la pregunta pero, como ya se dijo, dándole otra orientación. Se le preguntó si eran “***pocos***” los que alcanzaran la salvación, Jesús dice ahora que “***muchos***” no lo lograrán. Manteniendo el presupuesto de que en principio ninguno es excluido, ésta es una manera de decir que mucha gente que no quiera entrar ahora, muy probablemente querrá hacerlo más tarde, pero entonces ya no lo logrará. Y esto es lo que se va a ilustrar a continuación.

3. La “Puerta cerrada” o “el ya para qué” (13,25-30)

“***Cuando el dueño de la casa se levante y cierre la puerta...***” (13,25a).

La enseñanza anterior ahora es completada: debemos esforzarnos, es verdad, pero a tiempo: un día, con nuestra muerte, la puerta se cerrará y ahí se decidirá nuestro destino. Nosotros no disponemos del tiempo de manera indefinida (ver la parábola del “rico insensato”, 12,20). Es en ese momento en que se cierra la puerta y quien desee estar dentro ya debía haber entrado primero.

Como se puede ver, es Dios quien cierra la puerta, no nosotros. La hora de la muerte se escapa a nuestro control. De ahí que haya que estar siempre preparados.

En este momento la parábola describe dos situaciones:

(1) La solicitud extemporánea para entrar y la declaración final de la exclusión (13,25-27).

(2) El dolor inmenso de los que se quedaron fuera del banquete ante el precioso espectáculo de la salvación que perdieron (13,28-29).

Inmediatamente después, Jesús concluye con un proverbio que hace la aplicación de la parábola (13,30).

3.1. La solicitud extemporánea para entrar y la declaración final de la exclusión (13,25-27)

Veamos los datos del texto:

(1) La solicitud (13,25b)

“...Os pondréis, los que estéis fuera, a llamar a la puerta, diciendo: ¡Señor, ábrenos!” (13,25b).

Como lo dramatiza la parábola ése no es el tiempo para tocar la puerta, esto tenía que haberse hecho antes. Con esto se indica la seriedad del tiempo presente. Puesto que no tenemos soberanía sobre el tiempo, no conviene aplazar la conversión, desde el principio hay que comenzar a vivir el itinerario que conduce a Dios. Es una mala decisión dejar para el tiempo de la vejez la preocupación por la salvación.

(2) La declaración final de la “auto-exclusión” (13,25c)

“No sé de donde sois” (12,35c.27a)

Dos veces se les dice: “No los conozco”. La frase citada calca la fórmula del veredicto de excomunión israelita; con ella se declaraba la desvinculación de la comunidad y la ruptura de toda comunión personal con el implicado.

¿Por qué dice que no los conoce? Porque para participar de la comunión con Dios se exige la identificación con Él.

Esto se explica en las frases que siguen: *“hemos comido y bebido contigo, y has enseñado en nuestras plazas”* (13,26a) y *“retiraos de mí, todos los agentes de injusticia”* (13,27b).

Pongámosle atención a estas dos frases. Frente al argumento de la comunión externa (“comer, beber, enseñarles”), aparece otro más fuerte: son *“agentes (=obreros) de injusticia”*, es decir, no están en comunión de vida con Dios. *“Agente de injusticia”* es aquel que desprecia la voluntad de Dios. Para nada sirven los privilegios anotados, que no eran más que una atracción para entrar en el Reino (el primer compartir de mesa era una

invitación para la segunda), si no hay compromiso con la justicia del Reino, si no se comparte su estilo de vida poniendo en práctica sus enseñanzas (que es el verdadero sentido de la comunión de mesa).

Pero el rechazo tan tajante que se nota en la voz del dueño de la casa (voz de Dios) podría causar alguna extrañeza a los lectores. El rechazo tiene su razón de ser; lo que quiere decir es que Dios no comparte nuestras injusticias: ¿si una persona no está de acuerdo en vivir en comunión con la voluntad de Dios, cómo puede aspirar a vivir la comunión definitiva de vida con Él? Entonces, en realidad es cada uno quien se auto-excluye.

La comunión con Dios comienza a partir de la comunión con su querer. Una persona que lo rechaza se excluye a sí misma de la salvación. La salvación consiste en la comunión eterna con Él que es la fuente y la plenitud de la vida. ¿Nos salvaremos? Como se muestra en la parábola, Dios no hace más que respetar y confirmar la decisión de cada persona.

3.2. El dolor inmenso de los que se quedaron fuera del banquete ante el precioso espectáculo de la salvación que perdieron (13,28-29).

“Cuando veáis”. De repente, desde fuera los excluidos de la salvación ven lo que pasa en la sala del banquete, que es símbolo del Reino definitivo. Dos escenas contrapuestas aparecen ahora: el llanto amargo de los excluidos y la comunión festiva de los salvados.

(1) La amargura de la soledad

“Allí será el llanto y el rechinar de dientes...” (13,28a). Los rechazados sumidos en la más intensa soledad lloran de manera inconsolable la ocasión perdida y la humillación: **“mientras a vosotros os echan fuera”** (13,28d). La alusión al **“rechinar de dientes”** (ver Prov 19,12a) da la nota trágica: describe rabia amarga; consigo mismos, por supuesto.

En este gran sentimiento de impotencia el llorar es expresión de duelo por lo que no se pudo alcanzar (ver el tercer **“¡Ay!”** de 6,25b) y que sólo pueden ver de lejos.

(2) La alegría de la comunión

La vida eterna es presentada como una fiesta comunitaria con el Señor en el Reino de Dios. La imagen de la mesa compartida destaca la profunda intimidad con Dios y la participación de su vida que allí se da.

Pero no sólo con Dios, también con los demás. Aquí la comunión con Dios y con los demás es plenitud de alegría y de fiesta; la salvación es el máximo de la felicidad.

Entonces la mirada de los excluidos va repasando lentamente la sala y va observando quiénes son los comensales del Reino, cómo está compuesta la comunidad de los salvados. Allí se distinguen tres grupos de personajes:

(a) los patriarcas: Abraham, Isaac y Jacob (13,28b);

(b) todos los profetas (13,28c);

(c) gente proveniente de los cuatro puntos cardinales, o sea, de todas las naciones del mundo (13,29a).

Por tanto, la plenitud y la riqueza de nuestra vida humana consiste también en la plenitud y la profundidad de nuestras relaciones con las demás personas. Con la muerte, las relaciones humanas no se acaban sino que alcanzan su máximo nivel de profundidad.

Pero hay un aspecto histórico importante que está relacionado con la salvación. Ésta hay que verla a partir de las grandes acciones de Dios por su pueblo a lo largo de la historia de la salvación que comienza con Abraham (quien aquí preside la mesa). Esta obra de Dios por su pueblo se extiende, a partir de Jesús, a todos los pueblos de la tierra (los que en la parábola van llegando de los cuatro puntos cardinales; 13,29).

Con esto se quiere decir que todos los que entran en el Reino inaugurado en Jesús se hacen también miembros del pueblo elegido, y que el pueblo elegido se hace uno solo -en la Alianza con Dios- con todos los pueblos de la tierra: “**se sentarán a la mesa del Reino de Dios**” (13,29b).

3.3. Aplicación de la parábola (13,30)

Con un proverbio Jesús hace la aplicación de la parábola y así concluye su enseñanza: “***Hay últimos que serán primeros, y hay primeros que serán últimos***” (13,30).

El dicho se entiende observando la composición de la mesa. Los primeros (los judíos) y los últimos (los paganos) pasan todos por la misma puerta: la exigencia es la misma para todos. En el intercambio radical de lugares entre ellos vemos al mismo tiempo una crítica para los primeros -que tuvieron la honra de pertenecer al pueblo de Abraham y los profetas- y un anuncio de esperanza para los últimos -que tuvieron todas esas ventajas históricas-.

La llegada de los últimos no excluía a los primeros, pero estos mismos se hicieron últimos -quedaron al nivel de los que antes no conocían a Dios- cuando se auto-excluyeron de la comunión con Dios por no vivir en sintonía con su querer. Al final, ante Jesús cada uno se hace “primero” o “último” según su decisión.

Finalmente una palabra de esperanza: quienes se hicieron “agentes de justicia” (lo contrario de lo que dice el v.27) saben ahora que su identificación de vida con Jesús les abrió las puertas del Reino no importando que no fueran “primero” miembros del pueblo elegido.

En fin...

De nuevo un evangelio con un mensaje duro.

Jesús quiere ganar nuestro corazón, pero él no acomoda el mensaje para agradarnos sin más. Porque nos ama nos dice la verdad, no importa que haya verdades incómodas.

Cuando pensamos en la salvación generalmente pensamos en el trabajo pastoral que hay que hacer con la gente de fuera y esto es válido. Pero aquí Jesús se dirige a aquellos que ya entraron en contacto con Él, que lo conocen y han estado en relación con el (predicación, eucaristía, etc.). A ellos se les dice que la salvación no está asegurada por el hecho de ser israelita o por llevar el título de cristiano.

El esfuerzo por vivir según la justicia es el camino para llegar a la plenitud de la alegría. Conocer muchas cosas acerca de Jesús pero no vivir según la voluntad de Dios es poner en juego el logro de la meta y exponernos al fracaso y la desesperación. La salvación es un don de Dios que tenemos que conquistar.

Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón

1. ¿Qué significan los dos términos usados por Jesús de “la puerta estrecha” y “la puerta cerrada”?
2. ¿En qué me doy cuenta que he tomado en serio el compromiso de la santidad? ¿Pienso que es algo complicado y es mejor dejarlo para después?
3. ¿En qué momento las actividades que realizamos nos han hecho perder de vista la búsqueda de lo esencial y nos hemos contentado con un mínimo esfuerzo?
4. ¿Me considero una persona que sabe luchar por el Reino y hacer cosas concretas a favor de los demás?
5. ¿Cómo estímulo positivamente a las personas que viven conmigo para que, a pesar de las dificultades y luchas de la vida, asuman con valentía el reto de la salvación personal y comunitaria?

P. Fidel Oñoro C., cjm
Centro Bíblico del CELAM

Anexo 1

Pistas para las otras lecturas del domingo

Primera lectura: Isaías 66,18-21

Para comprender bien el texto de este día, tomado de la última página del libro de Isaías, hay que colocarlo en su contexto. El profeta escribe probablemente en los años 530-520 aC, al final del exilio, cuando los judíos deportados a Babilonia volvieron a Jerusalén en oleadas sucesivas. Ellos vienen felices. Pero la alegría de este retorno cede rápidamente su lugar a las desilusiones. Hay disputas entre los que vuelven y los que ahora ocupan sus tierras. La ciudad y el Templo se demoran para ser reconstruidos. El culto de los ídolos se ha instalado en la región. Hay brotes nacionalistas. Los que se han casados con mujeres extranjeras son muy mal recibidos.

El profeta trata de levantarles el ánimo a sus compatriotas. Les anuncia un futuro radiante. Jerusalén y su Templo brillarán, no sólo para el pueblo de Israel sino para todas las naciones. El templo será “señal” (literalmente: “un estandarte”) de la presencia de Dios en medio del mundo. Desde Jerusalén partirán mensajeros para proclamar la “gloria de Dios entre las naciones”. Del extranjero, y animados por los extranjeros, el pueblo de Dios afluirá hacia el Templo del Señor.

“También de entre ellos tomaré sacerdotes y levitas” (66,21). Esta última frase se puede comprender de diversas maneras. Se puede leer: entre los judíos que residen en el extranjero y que regresan a Jerusalén, el Señor escogerá sacerdotes; no se les pedirá descender de linaje sacerdotal (cosa que los más puristas exigían). Esto sería un signo de apertura. Pero también se puede entender: el Señor tomará sacerdotes entre las naciones paganas. Esta idea es completamente revolucionaria para la mentalidad de la época (aunque lo es menos para los lectores de hoy). Bajo el impulso de Jesús, la Iglesia naciente se dirigirá hacia las naciones paganas y se convertirá en Iglesia universal.

Salmo 117 (116)

Oramos con el más breve de todos los Salmos. Se trata de una pieza poética de gran belleza y, sin duda, de gran importancia. Prolonga la primera lectura al evocar al Dios que hizo Alianza con un pueblo y al Dios de todos los pueblos.

En la primera estrofa, el orante se dirige a las naciones para invitarlas a celebrar al Señor, es decir a Yahvé, el Dios de Israel: **“Alabad a Yahvé todas las naciones”**. En la segunda, enumera los atributos esenciales del Señor: su amor y su fidelidad, **“Su amor es fuerte hacia nosotros, la verdad de Yahvé dura por siempre”**.

Con Jesús, quien ha venido a renovar la alianza, Dios nos ha dado una nueva prueba de la fuerza y de la perdurabilidad de su amor.

Segunda lectura: Hebreos 12,5-7.11-13

En la última parte de la carta a los Hebreos, el autor reflexiona sobre la vida de los creyentes. Nuestro pasaje está articulado, como sucede frecuentemente en esta carta, alrededor de citas bíblicas (Proverbios 3,11-12; 4,26; Isaías 35,3).

La palabra clave es “corrección”, que aparece seis veces. Pero tengamos en cuenta que se está traduciendo el término griego “paideia” de donde proviene el término “pedagogía”.

La pedagogía antigua era mucha más ruda que la nuestra, pero lo que se buscaba era reconducir hacia el camino correcto más que castigar.

Por lo tanto, los destinatarios de la carta están siendo invitados a leer de manera positiva las pruebas que sufren, como una ocasión para retomar el camino, para que **“el cojo no se descoyunte sino que más bien se cure”**, como lo dice el último versículo. Las pruebas –si son asumidas de esta manera– son el camino para una sanación más profunda de la persona.

Y quien hace pasar por estas pruebas es un “padre” (los versículos 8-10, que el texto litúrgico se salta, hacen la comparación entre el Padre celestial y los padres terrenos). Esto último es importante que lo tengamos en cuenta para que cambiemos la imagen de un Dios castigador que permite el sufrimiento por un Dios-Padre amoroso que piensa en nuestra maduración.

(J.S. y F.O.)

Anexo 2

Para continuar la oración

*Sostenme, Señor.
Desprende mi corazón de todo, que él sea completamente libre
Para que nada le impida verte.
Oh, tú, que eres tan humilde de corazón.
Moldea mi corazón
para que él pueda ser tu morada amada,
para que puedas venir a reposar en él
y conversar conmigo en una ideal unión.
Que este pobre corazón, Señor,
No sea sino uno junto con el tuyo...
Solamente tú puedes llenar su soledad.
Oh Maestro, yo quiero ser santa para ti,
Se tú mi santidad, porque yo conozco mi debilidad.
Que no busque nada fuera de ti:
Solo tú eres capaz de contentarme.*

(Isabel de la Trinidad)